

José Luis Solís
Plantel Ignacio M. Altamirano

Un crimen es la acción humana llevada a cabo para dañar o quitar la vida a alguien, y se manifiesta de manera contundente, con la muerte de la persona sobre quien se inflige el daño. El acto criminal tiene una larga historia en el ámbito de la humanidad, y se ha presentado tanto en las antiguas comunidades primitivas, como en las distintas civilizaciones hasta llegar a la actualidad.

Por ejemplo, Apolo mató con sus flechas a la serpiente Pitón cuando ésta, azuzada por los celos de Hera, perseguía a su madre. Luego, Zeus castigó a Apolo, quien tuvo que purificarse de tamaño crimen. Luego, Apolo usurpó el templo de Delfos, lugar donde la serpiente Pitón servía de oráculo.

Como una continuidad de lo ocurrido con Apolo, el oráculo de Delfos predijo a Edipo que mataría a su padre y se casaría con su madre; quiso evitar su destino y terminó confirmándolo. La maldición de su crimen persiguió a su familia: sus hijos, Etéocles y Polinices entran en conflicto, ambos mueren y sólo el primero es sepultado con honores, mientras el segundo, por mandato de su tío Creonte, no tendrá ningún entierro. Antígona, hija de Edipo, confrontará las leyes de los hombres y dará digna sepultura a su hermano, aunque para ello tenga que sacrificar su vida. Tal es la tragedia edípica.

En otra parte del legado griego, Agamemnon sacrificó a su hija Ifigenia, ofreciéndola a los dioses, para obtener la victoria en la guerra contra Troya. Clitemnestra, su esposa, no pudo soportar tal acto y cobró venganza al confabularse con su amante Egisto, para asesinarlo cuando aquél volvió triunfante de la guerra. Orestes, el hijo de ambos, a su vez, hubo de matar a la madre para vengar la muerte del padre. Dice a Egisto: “Para todo el mundo debiera aplicarse esta justicia. A todo el que ose quebrantar las leyes, muerte. No serían tantos los criminales” (Sófocles, 1984, p. 286).

¿Cuántos crímenes se han cometido por honor, supuesta justicia, o vana venganza? Se acusa a Medea de asesinar a sus hijos, lo mismo que a la prometida de Jasón y su futuro suegro, Creón. Anteriormente es señalada por descuartizar a su hermano Apsirto. ¿Así ocurrió tal acontecimiento? Posiblemente sí, o posiblemente no, todo depende del cristal a través del cual se lea la tragedia.

¿Puede el crimen ser fundador de la cultura? Caín mató a su hermano Abel porque Dios tuvo preferencia por la ofrenda de este último. Sus descendientes fueron condenados, pero la cultura hubo de surgir de su familia: “La domesticación de animales, la música y la técnica surgieron a partir de Caín y de su estirpe. (Génesis, 4-20-22)” (Girard, 2006, p. 68). Rómulo asesinó a su gemelo Remo, y la fundación de Roma tuvo lugar.

¿Y los crímenes cometidos por simple aburrimiento, abulia o falta de sentido? El asesino de niños, Gilles de Rais, fue un noble caballero que compareció ante la Inquisición

el 22 de octubre de 1440. Una vez terminada la guerra –donde combatió junto con Juana de Arco– se dedicó a sus prácticas criminales; según el acta de acusación fueron ciento cuarenta niños asesinados, de entre ocho y quince años. Aunque se arrepintió de sus actos, no pudo explicar la naturaleza de los mismos.

¿Pueden los criminales poseer cierto aliento artístico para sus actividades? Marcel Schwob, en su ensayo “Los señores Burke y Hare, asesinos”, alaba la capacidad creativa del asesino, a su vez que destaca el interés del mismo por conocer los mínimos detalles personales de la víctima. Lo que se observa, es una peculiar manera de querer realizar aquello que se encuentra entre lo prohibido y la ilegalidad. Dice al respecto: “El señor Burke parece haber puesto en su obra la fantasía maravillosa de la isla verde donde había nacido. Su alma debió de estar empapada en los relatos del folklore. Hay, en lo que hizo, como un remoto relente de las Mil y una noches. Semejante al califa que deambulaba por los jardines nocturnos de Bagdad, deseó misteriosas aventuras, pues era curioso de relatos desconocidos y de personas extranjeras” (Schwob, 1980).

¿Se puede llamar criminal a quien sólo sueña con matar sin cumplir con esta práctica inclemente? En el libro Gog, de Giovanni Papini, el personaje desea poseer un instinto homicida que, para su mala fortuna, no puede obtener. Debe conformarse con suplir sus ansias asesinas practicando con fanticos y sacos rellenos de pintura roja. Sin embargo, reconoce que no es lo mismo, que le hace falta el grito, el estremecimiento, el sentido de lo irreparable, la autenticidad.

¿Cómo se puede entender el nexo que establece el criminal con su víctima? Thomas De Quincey, en Del asesinato considerado como una de las bellas artes, habla sobre ese vínculo invisible que establece el asesino Williams –que se mueve con pisadas de humo, la cara pálida y el pelo de un asombroso amarillo anaranjado– con sus víctimas, semejante al de un depredador con su presa, y donde la víctima cede ante el encanto inicial que tiene el asesino y, para su desgracia, no puede evitar escapar a ese dominio.

Julio Cortázar retoma esta idea en “Relaciones sospechosas”, de *La vuelta al día en ochenta mundos*: narra una situación en la que se vio involucrado, mientras viajaba en el autobús 92. Subió un personaje extraño, de sobretodo y sombrero negro, y los pasajeros que quedaban comprendieron que el miedo se había instalado de modo imperceptible y fugaz.

“No sé describir una cosa así; era un aura, una irradiación de mal, una presencia abominable. El hombre del sobretodo negro, con el cuello subido tapándole la boca y la nariz, y el ala del sombrero sobre los ojos, sabía o quería que eso fuese así; en ningún momento miró a nadie, pero era todavía peor, la amenaza que emanaba de esa incomunicación se volvía tan insoportable que los pasajeros estábamos como unidos y a la vez indefensos, esperando cualquier cosa” (Cortázar, 1972, p. 87).

¿Se puede absolver a quien efectúa un crimen y justifica socialmente su proceder? Raskólnikov, principal personaje dostoievskiano de Crimen y castigo, considera que es preferible asesinar a una persona de reprochable reputación (como una usurera) que soportar la pobreza e indigencia en que se hallan miles de personas. ¿Para qué asombrarse por los crímenes cometidos de Jack el Destripador si durante esa época las

condiciones de vida de las prostitutas eran demasiado perniciosas? “El desempleo, la miseria, el despotismo social, no dejaban a esas mujeres otro reino que el de la ginebra, las enfermedades venéreas o el cuchillo” (Cortázar, 1972, p. 103).

¿Luego de este breve paréntesis histórico-literario, cuántos tipos de crímenes podemos identificar? Múltiples, como estrellas habría en el firmamento. Homicidio es el crimen o asesinato de un hombre en concreto. Parricidio, es el asesinato del padre, como el ejercido por Edipo contra Layo. Infanticidio, la muerte del infante, como Layo pretendió hacer con Edipo de niño. Femicidio, la muerte de mujeres, como lo que ocurre en Ciudad Juárez y varios estados del país. Matricidio, la muerte de la madre, como el que Orestes realiza contra Clitemnestra. Fratricidio, el crimen contra hermanos, como la muerte de Arpsito por su hermana Medea, o la muerte de Abel por Caín, o de Rómulo por Remo. Magnicidio, la muerte de un jefe de Estado; feticidio es la muerte del feto; uxoricidio es la acción criminal que realiza un esposo contra su consorte; regicidio, la muerte del rey; genocidio, la muerte de miles de personas, sea pueblo o grupo nacional, étnico, religioso; suicidio, la muerte voluntaria, como Sócrates tomando la cicuta; ecocidio, el aniquilamiento de la naturaleza.

¿Podemos escapar a esta lista de horror y tragedia? Pareciera que no. ¿Qué otros crímenes hay? Tantos más como la convivencia entre humanos lo permita: crímenes de guerra, de Estado, contra la humanidad, por encargo, por error, por locura, contra el alma, en fin, una larga enumeración que irrita y exaspera porque no podemos hacer nada contra la muerte, mucho menos contra quien la invoca o la provoca. ¿Podemos permanecer impasibles y ajenos a este tipo de sucesos en apariencia irracionales? ¿Es el crimen realmente irracional? ¿Cuál es nuestra tarea como seres humanos, al grado que valoramos la vida y podemos esperar que los demás actúen de la misma forma? ¿Por qué el crimen se manifiesta a lo largo de la historia? Tantas preguntas, otras tantas respuestas sin resolver.

Las variedades del crimen se muestran diversas y adversas. La naturaleza humana se presenta compleja e insatisfecha consigo misma. El mal permea la cultura y pareciera necesario. ¿Por qué no puede predominar el bien y los buenos deseos? El hecho es que el mal y el crimen existen y no puede ser de otro modo. No estamos en el mejor de los mundos posibles, a despecho de lo que sostenía Leibniz. ¿Por qué? Porque la naturaleza humana, dice Juliana González, requiere del ejercicio de la libertad existencial, lo mismo que su negación; tanto la virtud como el vicio, la afirmación y la negación de la acción son expresiones del ser libre del hombre, es decir, el bien y el pecado son expresiones de su libertad constitutiva. “En este sentido, el ‘pecado’, el ‘mal’, la esclavitud moral y la traición del hombre a su propia condición son testimonio indudable de la libertad y no sólo lo son las expresiones existenciales de la excelencia humana cumplida” (González, 1980, p. 12). La libertad es nuestro anhelo, pero también puede ser nuestra condena. Faulkner diría que “ningún hombre es libre nunca y probablemente no podría soportarlo si lo fuese” (Faulkner, 2008, p. 100).

BIBLIOGRAFÍA

- SÓFOCLES (1984). “Electra” en Tragedias. México: Ateneo.
- GIRARD, RENÉ (2006). Los orígenes de la cultura. Madrid: Editorial Trotta.
- SCHWOB, MARCEL (1980). Vidas imaginarias. Buenos Aires: Edición digital de Lety&urijenny, Centro Editor de América Latina S. A.
- PAPINI, GIOVANNI (1986). GOG. México: Época.
- QUINCEY, THOMAS DE (1984). Del asesinato considerado como una de las bellas artes. Madrid: Alianza.
- CORTÁZAR, JULIO (1972). La vuelta al día en ochenta mundos. México: Siglo XXI.
- DOSTOIEVSKI, FEDOR. Crimen y castigo.
- GONZÁLEZ, JULIANA (1980). “El naturalismo en ética” en Revista de la educación superior. México: ANUIES. Enero-marzo.
- FAULKNER, WILLIAM (2008). El oso. Barcelona: Editorial Anagrama.